

Nuestra biblioteca personal como espejo de los 50 años

*Luis Porter**

Resumen

El presente artículo está escrito por un fundador de la UAM Xochimilco, jubilado después de cumplir 45 años de servicio a la institución. Su mensaje parte de utilizar la biblioteca como metáfora. Sostiene que la vida de todo académico, y por ende la de la institución, está guardada en cada biblioteca personal. La biblioteca no solo se conforma con libros, incluye todos los documentos acumulados a lo largo de los años, y en ellos se encuentra lo necesario para reconstruir la trayectoria institucional. La producción del académico debería revisarse cíclicamente para mantenerla viva y en circulación, dado que la universidad nunca envejece y renace con cada nueva generación. Con dicha hipótesis el autor recupera de sus propios archivos, ahora en pausa y aparentemente silenciosos, algunos momentos históricos de su institución, de los que fue testigo y protagonista, con el propósito de demostrar que los cincuenta años de historia institucional, siguen vivos y elocuentes en cada estante de nuestra biblioteca que es una forma de autobiografía.

Palabras clave

Biblioteca 📖 Jubilación 📖 Testimonio 📖 Lectura

Abstract

This article is written by a founder of the UAM Xochimilco, retired after completing 45 years of service to the institution. His message departs using the library as a metaphor. He maintains that the life of every academic, and therefore that of the institution, is stored in each personal library. The library is not only made up of books, it includes all the documents accumulated over the years, and in them we can find what is necessary to reconstruct the institutional trajectory of the University, in this case UAM, today in its 50 anniversary. The academic's production should be reviewed cyclically to keep it alive and in circulation, given that the university never ages, and is reborn with each new generation. With this hypothesis the author recovers from his own archives, now paused and apparently silent, some historical moments of his institution, of which he was a witness and protagonist, with the purpose of demonstrating that the fifty years of our history are still alive and eloquent on every shelf in our library that is a form of autobiography.

Key words

Library 📖 Retirement 📖 Testimony 📖 Reading

* Profesor investigador, jubilado. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, (UAM-X) México (vlporter@yahoo.com).

UNO

LA VISIÓN que el jubilado tiene de la universidad en la que pasó casi toda su vida adulta profesional, puede ilustrarse con una fotografía de su biblioteca personal. Nosotros, la comunidad de docentes investigadores, hemos ido acumulando libros que han terminado ocupando un área importante del espacio que compone nuestro hogar. Decir “nuestra biblioteca” equivale a decir “nuestra carrera”, pues ella contiene lo que en definitiva compone el marco teórico de nuestra vida académica y personal. Es verdad que ese marco bibliográfico no sólo está formado por libros. Junto a ellos, detrás o a un lado, encima o debajo, hay otra cantidad de igual o de mayor volumen, compuesta por otros documentos, no necesariamente impresos o encuadernados, que adquieren otros formatos, no siempre hecho con palabras, pueden ser maquetas, dibujos, apuntes, notas, bitácoras, borradores, que se suman a ese volumen como derrames que se agregan a una ya incontenible inundación.

Mientras el profesor investigador se encuentra en activo, ese legado documental está vivo, se mantiene en movimiento, sin embargo, cuando nos retiramos, por jubilación o por otro camino de liberación, ese espacio, ya de por sí rebosante, adquiere un nuevo sentido, un nuevo estatus, se convierte en el archivo que guarda las evidencias de nuestro devenir histórico, semejante a las huellas que dejaron nuestros pasos en el camino. Así es como esa biblioteca nuestra se convierte en referencia, en un listado de títulos, fechas y presencias que retrata el recorrido que transitamos durante una parte o en el total de esos 50 años de vida docente y reflexiva, que constituyó el lapso de tiempo que le dedicamos a nuestra institución. Esa biblioteca que invade vitrinas y cajones, libreros y archiveros, es un patrimonio que podríamos recorrer de memoria, como hacía Borges cuando describía el orden de los libros acomodados en las repisas de su biblioteca. La biblioteca como laberinto que nos retrata y que ahora descansa como solo lo saben hacer las páginas de papel cuando cerramos sus tapas. Allí, en ese silencio, estamos nosotros y en nosotros retratada se encuentra celosamente y fielmente guardada la imagen de nuestra institución.

La libertad que implica el retiro, la jubilación, el hecho de haber dejado de dar clases y ya no tener que asistir día tras día a la universidad, abre múltiples posibilidades al uso de esta compleja y diversa colección que en suma no es otra cosa que nuestra bibliografía. Una de ellas es la de recuperar y poner en un nuevo plano aquellos borradores que, de múltiples maneras, sirvieron de apoyo a nuestra docencia y contribuyeron en nuestros proyectos de investigación. Allí permanecen guardados en carpetas, aquellos múltiples intentos de plasmar una

ponencia para un congreso, el nuevo texto de lectura doméstica para nuestros estudiantes, las múltiples hojas que redactamos en calidad de borrador, desde esquemas apenas esbozados hasta los elaborados como filigrana, después de un intenso trabajo. Por cada página publicada hay innumerables lecturas y borradores que la sustentan.

Por una inevitable vanidad hemos acomodado en esa biblioteca tan nuestra, sobre una repisa especial, protegida, alejada de la humedad y del polvo, la hilera de libros de nuestra autoría que tuvimos la fortuna de ver publicados. Ese material que nos enorgullece se exhibe junto a los diplomas, grados y constancias de hechos y presencias que resumen múltiples colaboraciones y algunos bien recibidos y reconocidos logros. Todo ello forma parte y sirve de evidencia y respaldo a nuestro curriculum vitae, ese listado de vida que ahora ya dejó de sernos útil, porque no tenemos que demostrar nada y hemos dejado de coleccionar méritos. Nuestro estudio, la oficina hogareña donde nos sentábamos a preparar nuestras clases y nuestras participaciones, todo queda sumido en un amplio espacio en pausa, del que emana un bien ganado silencio que forma parte de nuestro descanso, que forma parte de nuestra nueva libertad. Detrás de lo formalmente aprobado y editado, leído, evaluado y corregido, se ocultan múltiples borradores, infinito material que no fue publicado, así como aquellos pocos que sí lo fueron, en calidad de ponencia, ensayo, capítulo, artículo o colaboración. Allí están los ejemplares de revistas, reportes y memorias de los que guardamos un solo ejemplar de muestra que, al tenerlo frente a los ojos, nos dejó la efímera impresión de haber cumplido, de haber cerrado un ciclo, de habernos salvado, e inclusive, de haber sido leídos. En realidad, ese acervo publicado junto al grupo mucho mayor de lo no publicado, continúa siendo material vigente que cobraría vida con nuevas lecturas, es decir, con reimpresiones. Damos por hecho que imprimir es haber logrado un objetivo, cuando en realidad es el inicio de un ejercicio que requiere que los demás hayan adquirido el hábito de leer. El trabajo de todo académico podría volverse a conocer si se volviera a difundir para que les llegara a los nuevos lectores que año tras año ingresan a la universidad para estudiar. Eso que escribimos y dijimos no se hace viejo, no pasó y se fue, al contrario, se renueva con cada lectura y a la postre, asomarnos a ello nos mantiene jóvenes. Este bagaje de textos y documentos contiene para todos, y en especial para aquellos que tuvimos la fortuna de ser fundadores de la UAM Xochimilco, una larga cadena de ilustraciones vivas de nuestro pasado que es el pasado de nuestra institución. Cincuenta años de vida que nutrió en cada uno de nosotros, los habitantes de este campus, una carrera completa, un devenir inolvidable, que hoy, como cada mañana, agradecemos e intentamos continuar honrando.

DOS

Xochimilco posee una iconografía que la hace enteramente peculiar (González Pozo, 2010; Peralta Flores, 2024). Es un campus construido sobre el agua de un lago sumergido, no lejano a lo que sería una larga hilera de chinampas. Tierra fértil sobre la que acomodaron con ayuda de arquitectos y albañiles, aulas y talleres, oficinas y auditorios, patios y comedores, que fueron nuestro segundo hogar, como ahora lo siguen siendo para las nuevas generaciones y para los académicos que continúan dando pasos hacia su propia madurez. Detrás y dentro de ese ejército de aulas alineadas está la esencia de la universidad. ¿Quiénes somos la universidad? somos los que la habitan, los administrativos, docentes, alumnos, visitantes, familiares, vecinos, padres de familia, incluyendo a los jubilados. Esa es la verdadera universidad que hoy cumple 50 años, años siempre juveniles, años de comenzar de nuevo, repitiendo ciclos que se renuevan al interior, sin perder su forma y su figura, porque la universidad no son los otros, sino nosotros.

Esta manera de situar a la institución universidad en el ser mismo de sus habitantes, como lo afirmaba nuestro colega Eduardo Ibarra Colado, que legó su biblioteca personal como colección de libros a la UAM Iztapalapa (2018, CICE), la aleja de toda abstracción, en la medida en que esos “nosotros”, los académicos, los estudiantes, los empleados, en suma, todos aquellos que habitamos la universidad, somos seres concretos con nombres y apellidos, un camino recorrido, y mucho por recorrer. Es cierto que muchos ya han fallecido, ¿se perderán sus huellas? ¿qué fue de su biblioteca? Otros muchos se encuentran en su etapa postrera, dando los pasos que llevan a la libertad. Algunos se encuentran en su plenitud, dando frutos propios del verano. Los más jóvenes con un importante lapso de tiempo por recorrer, concibiendo de nuevas maneras el concepto de “biblioteca”. Pero, eso sí, sin importar la edad, todos tenemos una historia que contar, y es bueno detenernos a pensar en ella, hoy, en este nuevo aniversario que mucho festejamos y ensalzamos por llevar un número redondo.

Pero, insistimos, ¿quiénes creemos ser los universitarios? Se trata de una pregunta cultural que mucho vale la pena hacernos. Pensemos que nuestra historia cronológica no solo pasó por momentos críticos, sismos, huelgas, crisis, denuncias y demandas, sino también por una catastrófica pandemia que nos cambió la vida, y al mismo tiempo con un cambio de régimen de gobierno, que abrió la luz de la esperanza. De todos estos acontecimientos, algunos buscados, otros accidentales, la consecuencia que nos lleva a profundizar es pensar en cómo estos súbitos cambios, estas nuevas maneras de relacionarnos con la realidad han ido afectando la manera en que nos vemos a nosotros mismos. Mirarnos en el espejo de los cincuenta años

institucionales debería provocar una mirada no de extrañeza sino de identificación y reconocimiento. A los 50 años es tiempo suficiente para haber logrado una percepción sensible en la que se refleje quienes creemos ser. Para ello podemos seguir el consejo de filósofos y de psicólogos, que es abocarnos al desarrollo de nuestra capacidad de recordar. Si el camino del recuerdo nos hace capaces de dilucidar esta mirada hacia nosotros mismos (nosotros como universidad), entonces este es también el camino necesario y efectivo para redefinir, reconocer y rescatar esta institución pública, hoy expectante ante una etapa de inminentes cambios. Cerramos con el número 50, una concepción de universidad que creemos que ha cumplido su ciclo de vida y ya no tiene mucho más que dar. Es el momento de dar paso a las nuevas oleadas masivas de estudiantes jóvenes, es momento de aprender a trabajar con grupos de cien estudiantes, ya no rechazados, sino aquellos que están llamados a revolucionar la educación superior, y sacarla del modelo tradicional que ha conservado, aún cuando en nuestro caso se haya apoyado en el gran proyecto pedagógico que constituye el sistema modular, sello de nuestra filosofía, bandera de nuestra identidad, lista para abordar sus futuros 50 años, su segundo aire.

Al ser un problema cultural, la respuesta a “quienes creemos ser” abarca un sinfín de asuntos que comienzan por la historia misma de la universidad y del ser universitario, nuestra relación con el conocimiento como productores y/o transmisores del mismo, el concepto que el docente tiene del estudiante, que incluye el que el estudiante tiene del docente, la manera en que se comparten las responsabilidades dentro de la institución incluyendo el lugar y la misión de la planta académica, y la urgencia de que continúe formando, estudiando y, en especial, adquiriendo el necesario hábito de leer al que le corresponde el consecuente hábito de escribir. Leer y escribir se inscriben en una amplia temática de urgencia, cuya clarificación nos ayudaría a lograr una imagen de lo que creemos ser como universitarios, incluyendo a los ex-universitarios (como algunos nos ven a los jubilados), parte de la síntesis de cómo nos vemos a nosotros mismos, de cómo nos concebimos, no solo como personas, sino como miembros y ex miembros de una institución educativa sobresaliente y en última instancia como parte de una nación en plena transformación.

Al responder a una nueva convocatoria de Reencuentro (revista en la que participé desde cuando era una hoja carta de color verde, plegada e impulsada por el Dr. Luis Felipe Bojalil Jaber, nuestro segundo rector), recupero ideas ya dichas y escritas, con el objetivo de intentar nuevamente sugerir una visión del inminente pasado-presente-futuro de nuestra universidad, que inspire los cambios que la universidad de hoy tanto requiere. Para ello hay que lograr una evolución en nuestra memoria que nos permita ver lo que no ha dejado de formar parte de nuestros

recuerdos, y proporcione respuestas a la pregunta básica que aquí nos hacemos ¿quiénes somos hoy? Si el futuro no es más que la acción presente apoyada en el camino recorrido, recordar a nuestra universidad es recuperarla (Porter 2018). Pero, efectivamente, hay dimensiones y condiciones en esta labor del recuerdo. Para saber cómo nos recordamos a nosotros mismos en nuestro quehacer diario a lo largo de nuestra vida como académicos, y cómo recordamos a la universidad propongo, como lo hice más de una vez, las siguientes cuatro dimensiones:

La primera, siguiendo el ejemplo de los médicos que inician la historia clínica del paciente a partir de conocer sus “signos vitales” (temperatura, presión, análisis de laboratorio, que generalmente asumen una expresión cuantitativa: datos, cifras, porcentajes...) que nos ayude a dimensionar el recuerdo. Recordar según su etimología poner “en récord” es volver atrás para pasar aquellas imágenes por el corazón, un corazón que acepta y necesita de tablas, censos, cuadros, el cuánto, dónde y cuándo, de nuestra existencia. Mapa que delinea el panorama cuantitativo como primer gran dibujo de las características que nos definen. Conocer los números define una importante dimensión de lo que somos.

La segunda es recordar cuál es la naturaleza y la práctica cotidiana del trabajo académico, del sano devenir universitario. De qué consta, qué produce, qué evolución tuvo y tiene y de qué manera se conforma en carrera de vida, individual y colectiva marcando cada una de nuestras jornadas. Esto incluye cuestionar radicalmente el concepto que tenemos de género, sobre la identidad sexual, reconocer auto-críticamente el alcance de nuestros prejuicios, nuestra dosis de racismo, clasismo, y todo aquello aprendido o heredado, yendo más allá de cambios formales en el uso del lenguaje, lo que interesa es el cambio radical que nos actualice, que nos traiga al día de hoy a partir de una honesta mirada al espejo.

La tercera es recordar nuestra existencia como parte de una realidad académica en un país de inmensa demanda de educación superior cuya magra respuesta nos convierte en un país de rechazados (2024, DGAE)¹, con limitaciones que han condicionado nuestra propia carrera, las múltiples vinculaciones con lo que nos circunda y el papel que jugamos como parte de una realidad económica y política. Debemos poder explicar y explicarnos por qué en lugar de haber logrado el suficiente “poder académico” que nos llevara a ser los protagonistas de nuestro propio devenir, hayamos sido y sigamos siendo simples actores que, ubicados en el escenario de la educación superior, balbucean el poco talentoso, cambiante e impredecible guión que escriben y continúan reescribiendo sin detenerse, agencias extrañas, fuerzas lejanas, y no nuestros propios líderes pedagogos. En un país cambiante es urgente que la educación ocupe el primordial lugar que merece y las condiciones permitan que surjan verdaderos líderes. Que la Secretaría de Educación vuelva a tener en los

puestos de mando a políticos intelectuales, personalidades admiradas con los suficientes méritos que formen parte de nuestra cultura. Ahora que la carrera política se funde con la carrera académica, tomarán su lugar aquellos cuya trayectoria los hizo sabios. Que cese la grilla politiquera, y tome su lugar el buen académico capaz de ser líder y administrador.

Por último, la cuarta reside en el término “recordar” en su dimensión clásica y quizás más importante, que es la de reconocer nuestra historia universitaria. Se trata de una tarea que implica quitar toda retórica de la memoria histórica y recuperar una memoria que vaya más allá de la celebración o de la síntesis, que toma cuerpo porque es hecho que lleva a una emoción real, y no un mito de almanaque. Una historia que nos traiga la presencia de los que contribuyeron con su trabajo antes que nosotros, como personas, no como próceres. Una memoria que compartamos, que nos ayude a salir de la crisis que implica una identidad académica en constante formación. Una memoria sin nostalgias, ni posiciones moralistas y mucho menos mistificadora, porque el pasado que se olvida, o se distorsiona mistificándose, implica el fracaso de la razón. Una memoria que contribuya con inventiva artística al proyecto de crear una visión amplia de la universidad y los que la habitan.

TRES

Continuando con nuestro homenaje a los 50 años, me tomo la libertad de recuperar de documentos de mi biblioteca personal, las voces de autores amigos con quienes trabajamos textos en conjunto, que pongo en primera persona como ejemplos que le dan nombre y apellido a estos recuerdos:

Recuerdo las discusiones en las aulas de la UAM-X con el Dr. Sergio Martínez Romo, cuando era coordinador de DEPLAED, la Maestría en Planeación de la Educación, analizando y criticando que el gobierno tomara como libros a seguir documentos como “El Libro Blanco” publicado por la Comunidad Europea (1995)². En ese libro se daban lineamientos que se transformaron en políticas públicas mexicanas hacia la educación superior, mismas que definieron en aquellos tiempos como “modernización” y “era del conocimiento”, “hacia la sociedad cognitiva”, etcétera.

Tiempos en los que el académico daba un salto hacia la carrera de funcionario al ser nombrado “asesor”, es decir, lector, maquilador y productor de “tarjetas ejecutivas” o redactor de discursos para uso y consumo del político. Era fácil identificar al académico con ansias o aspiraciones a ocupar puestos oficiales, apostando por la recuperación de su poder social, dejando en otro plano al docente con actitud crítica, que permanecía en la universidad, cumpliendo con su tarea formativa,

aunque muchas veces como un elemento desobediente o idealista al que no había que tomar en cuenta. Recordamos nuestras visitas a aquellas oficinas de la Secretaría de Educación Pública (SEP) para entregar a los tomadores de decisiones nuestras publicaciones, estudios y análisis, en busca de una mejor política, libros destinados a no ser leídos, o a ser convertidos por aquellos asesores, en magros resúmenes que de todos modos, el tomador de decisiones, pasaba por alto, desechaba. Los resultados de la investigación educativa local, regional, no eran considerados por los políticos. A esa frustración se sumaba la lucha por señalar como errados los programas de “estímulos al desempeño”, que no fueron ni son más que sobornos que presionaban a los académicos hacia conductas predeterminadas alejadas de los cambios urgentes en sus necesidades, que no eran solo materiales, sino cada vez más un problema de valores, de reconocimiento social y de poder en la toma de decisiones. Recordamos esas charlas con Martínez Romo y sus publicaciones (1997), imaginando cómo sería una autoridad que reuniera la capacidad intelectual de un investigador con la visión de un político, equilibrio necesario para dejar de ser subordinados a mandatos provenientes del exterior, y convertirse en seres ejecutivos con base al conocimiento local.

Recuerdo con mucha emoción y cariño, al colega de Iztapalapa, el Dr. Roberto Varela, en la celebración de los quince años de la UAM, leyendo su texto titulado “Quince años haciendo Universidad”, reflexiones presentadas en la Ceremonia de inauguración de los festejos del xv Aniversario de la UAM el 8 de mayo de 1989. Una evocación humana que en un instante nos contuvo en la emoción de formar parte de la historia viva de nuestra institución. Hay maneras honestas y literariamente valiosas de hacer historia, de cumplir 50 años sin caer en formas incluidas en un catálogo o en la forzada lista de efemérides, que remata con la inclusión diplomática de las autoridades en turno.

Recuerdo el seminario de “Estudios sobre la Universidad” convocado por el entonces rector general de la UAM, el Dr. Gustavo Chapela Castañares (UAM- 1992-1994). Durante dos años asistimos cada miércoles. Éramos un grupo de estudiosos de la universidad provenientes de las tres unidades que conformaban la UAM. Se produjo un copioso e importante documento final de conclusiones. Al suceder al rector Chapela el Dr. Julio Rubio Oca, dicho documento quedó encajonado, sin publicarse. Sus minutas, transcripciones y documentación previa y posterior, junto con el resultado final, reposan en algún archivo de la UAM esperando ser rescatados para que se incorporen a su historia abierta. Este seminario resultó clave para nuestra formación y una forma en que las tres unidades se acercaran sensiblemente.

Recuerdo con inmensa gratitud al Dr. Eduardo Ibarra Colado con quien trabajamos hombro a hombro en una oficina de la Torre de Humanidades de la

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), adyacente a la dirección del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CIIICH), fundado por el Dr. Pablo González Casanova, y en esa época bajo la dirección de Daniel Cazés Menache. Allí convivimos interinstitucionalmente como académicos de la UAM durante 10 años (2000-2010). A lo largo de esos años organizamos y coordinamos tres congresos internacionales que reunieron en total a 202 investigadores de 52 instituciones distintas de todo el país. Ello dio lugar a la publicación de 10 libros, listados en la bibliografía de este documento. Los primeros ocho libros son compilaciones escritas por los ponentes, coordinadas por Daniel Cazés, Eduardo Ibarra y el que esto escribe (2000, 2003, 2004, 2007, 2010 y 2012). Han pasado los años, y estas publicaciones siguen siendo citadas por los investigadores educativos. El proyecto se llamó “La educación superior en México” y nos dejó personalmente un legado de intercambios reflexivos que forman parte de esa biblioteca invisible donde se guarda y se encuentra todo.

Encadenado con ese proyecto que convocó a los tres congresos que promovimos, recordamos un momento histórico en nuestro trabajo académico en Xochimilco. Ese momento ocurrió cuando convocamos a un seminario sobre “Estudios del futuro de los futuros” en la sede de la rectoría general de la UAM. El seminario tuvo como invitado especial al Dr. Riel Miller, una de las principales autoridades mundiales en la teoría y la práctica de utilizar el futuro para cambiar lo que la gente ve y hace. Reconocido como un iniciador, diseñador y administrador de proyectos innovador y con experiencia global buscábamos concebir la idea de una universidad nueva y totalmente diferente. Al respecto nos dice Eduardo Ibarra:

La idea fue imaginar un mundo mejor, buscando recuperar en nuestra mente y espíritu, el México talentoso, promisorio, creativo que sabíamos que allí estaba y que continuaba vivo. Lo veíamos en el talento de muchos de nuestros estudiantes, y también en lo que destilaba de nuestras conversaciones casuales, cotidianas. Salirnos de la lógica impuesta por los medios y los malos manejos electorales, para regresar a la lucidez del ser humano que se comunica luchando por su salud y por un futuro saludable. La universidad nos daba un espacio en el que no debíamos escondernos ni mucho menos refugiarnos. La universidad es potencialmente una plataforma de despegue, como lo es el Cabo Cañaveral, desde donde es posible dispararnos al espacio sideral que nos permita ver al mundo en toda su belleza, y regresar a él para desamarrar sus riquezas marginadas, reprimidas, obligadas a actuar a la defensiva, frente a una realidad artera y agresiva. Decidimos abrir una nueva convocatoria incitando e invitando a trabajar la utopía de un futuro posible, en lugar de las im-posibilidades de un futuro entre brumas, abrumado por la mala política imperante. Al principio no obtuvimos respuesta. La invitación a soñar no

es propia de la universidad racional que habitamos, una universidad donde el arte ha sido marginado, y donde la poesía tiende a disimularse, no estaba ni lista ni sensible a responder al sueño. La palabra imaginación asustaba. La idea de trabajar sin datos, tan sólo con la imaginación no se veía como seria, o manejable desde las metodologías en boga. El seminario sobre futuros cumplió su cometido con una buena publicación, que en el fondo considerábamos insuficiente para el momento histórico que vivíamos. Dimos por terminado el ciclo, e iniciamos uno nuevo en corto, en “petit comité”. Frente a la depresión que provocaba la realidad cotidiana, los titulares en los periódicos, las noticias en los medios, acordamos tomar como punto de partida el documento que Luis Porter había escrito en abril 2007, después del intercambio entre Riel Miller y Manuel Gil Antón, titulado “Hacia una no-universidad”. Eso marcó el inicio de una nueva etapa y la conformación paulatina de un nuevo grupo, esta vez no a partir de una convocatoria, sino de invitaciones personales a aquellos colegas que tuvieran una rara pero imprescindible cualidad: estar dispuestos a entrar al terreno de lo poético y trabajar con la imaginación como materia prima.

CUATRO

Así se fueron desgranando de la roja granada de nuestras redes de amigos, múltiples versiones, y un diálogo que nos fue uniendo. Nació un grupo originario de diferentes universidades estatales, la autónoma de Nayarit, la UV de Veracruz, la UNAM y la UAM³. A este conjunto de académicos lo bautizamos como el “Grupo Utópico” y adoptamos como premisa: ante el espectáculo pesimista que mostraba el gobierno que tan mal pensaba, la acción optimista de la imaginación de los que pretendemos pensar bien. Soñar o perecer. Sumergirnos en un mundo mejor, o anegarnos en el lodazal oficialista de aquellos tiempos en que la conducta la dictaba la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y otras agencias extranjeras, con documentos como el ya mencionado “Libro Blanco” y otros del Banco Mundial o de la Carnegie Foundation. La política dictada desde centros hegemónicos de poder. Una era hoy superada, no podemos dejar de celebrarlo.

Imaginar una universidad utópica, imposible, fantástica, poética y lejana, podía tomarse como una idea desesperada, que no podríamos sostener. Sucedió todo lo contrario, de inmediato nos sentimos mejor, enseguida nos congraciábamos con la realidad académica que nos permitía soñar, y que nos pagaba por ello. De críticos acervos, denunciadores de las malas prácticas de todo tipo, escritores frustrados de libros críticos que los tomadores de decisiones no leían, nos convertimos en personas optimistas con los ojos puestos en futuros imposibles pero necesarios. Ante

la incompreensión (descompresión) oficial, nos pusimos las máscaras de oxígeno y recuperamos nuestra capacidad de respirar... de inmediato, y esa es la virtud de la esperanza y de la vista puesta en el futuro, tuvo efecto en el presente. Ese es el papel de la utopía, mover el hoy con la vista puesta en un imposible y lejano mañana. Enseguida retomamos nuestra respiración normal y nuestra fuerza de siempre. Se trataba simplemente de salirnos del hoyo oscuro en que nos sumían las noticias cotidianas. Sexenio tras sexenio sin horizonte que no fuera más de lo mismo. Recuperamos el cielo simplemente mirando hacia arriba y conquistamos el espacio y la distancia, simplemente mirando a lo lejos. Una mirada que se escapaba hacia el horizonte, milagrosamente repercutía instantáneamente en nuestros pies apoyados en el hoy. La presencia del cielo nos permitía pisar con mayor firmeza. De esta manera constatamos una vez más que la tierra y el aire se alimentan mutuamente. Estas palabras aquí y así dichas, son parte del discurso de Ibarra Colado, no hay apartado para recordar su memoria, nada que le haga justicia, su anticipada ida, no puede perdonarse ni olvidarse.

Así fue que después de otros dos nuevos años de trabajo (2010-2012) obtuvimos como resultado un texto colectivo en el que no era fácil identificar las ideas de uno y del otro, al haber sido todos libres de apropiarse de las palabras de los otros, pues éstas dejaban de pertenecer a alguien en particular, a medida que cada autor las asumía como suyas. Así se plasmó un libro único, de índice circular, alejado del ensayo y cercano a la narrativa, que fue la obra cumbre y muy lamentablemente póstuma de Ibarra Colado. Ese libro que forma parte de la bibliografía lo titulamos: “El libro de la Universidad Imaginada. Hacia una universidad situada entre el buen lugar y ningún lugar” (2012) plasmado con sede en la UAM Xochimilco, y publicado por la UAM-Cuajimapa y Juan Pablos Editor. Es un libro que aún circula. Su última versión está en librerías bajo el título “Juventud actual y universidad futura” publicada por CYAD-UAM-X.

CINCO

Recuerdo mis conversaciones con la Dra. Angélica Buendía Espinoza, asociada en aquellos tiempos como mano derecha y colaboradora-realizadora de los proyectos que nacían de las conversaciones con el Dr. Ibarra Colado. En un contexto en donde los alumnos, académicos, funcionarios, políticos y ciudadanos en general íbamos haciendo un uso cada vez más intensivo del Internet como vía de acceso fácil e inmediato a una cantidad amplia y diversa de información, se hizo indispensable contar con portales inteligentes que permitan que este acercamiento sea oportuno,

preciso, confiable y especializado. No se trataba de tener un enorme cúmulo de datos y documentos sino de un sistema de información que nos proporcionara lo que requerimos de manera sencilla y eficaz. Para ello, la UAM Xochimilco se abocó al diseño de portales que debían tomar en cuenta el papel fundamental de la intuición del usuario en su operación y las necesidades de información que deseaba atender. Así nació el diseño del LAISUM (Laboratorio de Análisis Institucional del Sistema Universitario Mexicano) que atendió estas consideraciones mediante la adopción de un sistema de clasificación dual que permitía ordenar la información recabada de los medios de comunicación y de otros acervos, por una parte, y los documentos de cada una de las universidades públicas mexicanas, por otra. En el primer caso, se diseñó un sistema de categorías y subcategorías buscando atender los temas más relevantes del sistema universitario mexicano. Tal ordenamiento tomó en cuenta dos aspectos sumamente relevantes: por una parte, la especificidad de las universidades como objeto de estudio o preocupación, con lo que el portal delimita claramente su particularidad y alcances; por la otra, la relevancia del conocimiento de las universidades consideradas en lo particular, lo que facilitaba la articulación de la información disponible en el laboratorio con la formulación de una agenda estratégica de políticas y con la toma de decisiones a nivel institucional. En este proyecto, que quedó bajo la coordinación de la propia doctora Buendía Espinosa y en el cual participan investigadores de la UAM, la Universidad Veracruzana, de Baja California y la Pedagógica Nacional; el LAISUM es un importante instrumento metodológico que ofrece ventajas en el desarrollo de temas de investigación.

En el caso de los documentos de las universidades públicas mexicanas, se utilizó un sistema de clasificación integrado por dimensiones clave que podía ir evolucionando en amplitud, complejidad y detalle. En esa época el doctor Manuel Gil Antón mencionó que el LAISUM no era una biblioteca donde se acumulaban trabajos, sino que representaba la posibilidad de entrar a una inmensidad de material, pero con una red que no permitía perderse en ella. Invitado a formar parte de LAISUM me sumé al nuevo proyecto apoyado por CONACYT (2012-2014) titulado: “Efectos de las Políticas Gubernamentales en las Universidades Públicas Mexicanas (1989-2009): análisis institucional comparativo de su diversidad y complejidad”. Durante los primeros meses de trabajo le diagnosticaron a Ibarra Colado la enfermedad que se lo llevaría el 19 de mayo de 2013. Ante su ausencia, el proyecto entero quedó en manos de su asistente y colaboradora de muchos años, la Dra. Angélica Buendía. La partida de este gran académico mexicano había sido precedida por la del Dr. Daniel Cazés, menos de seis meses antes, el 20 diciembre 2012, ausencias que determinaron para mi un triste final de ciclo. Relatar estos procesos, en el

marco de los 50 años de vida, es una respuesta y un referente para aquellos que van tomando conciencia del tiempo y lo miden en el tamaño de su biblioteca más sus papeles adjuntos, como riqueza que debe no solo preservarse, sino formar parte del acervo institucional. Palabra de jubilado, no acumulemos material sin pensar en su destino final, ahorremos a nuestros hijos la desazón de tener que deshacerse de nuestro acervo, reciclemos, orientemos, pensemos en soluciones ahora cuando estemos a tiempo.

En suma, LAISUM es un ejemplo de un intento serio y a largo plazo que se constituye como una memoria histórica de los proyectos de investigación que le antecedieron y que se realizaron a partir del 2000 en el CEIICH de la UNAM con la colaboración de las unidades Cuajimalpa y Xochimilco de la UAM, esfuerzo que se ha plasmado en una producción editorial significativa que ha contribuido a conocer mejor a las universidades públicas mexicanas y que continúan allí como parte de nuestra biblioteca, pero también de otras, incluyendo las librerías.

Han pasado los años, podemos replantearnos aquella pregunta básica: ¿qué conocemos realmente de las universidades públicas mexicanas? Volvemos a nuestra biblioteca, le damos una mirada entre nostálgica y generosa, después de navegar por sus repisas y anaqueles. Probablemente no será posible dar a esa pregunta una respuesta precisa, pero resultará evidente lo poco que aún sabemos al respecto y tomaremos conciencia de su enorme complejidad. Eso es una contribución, tener conciencia de la necesidad de transformar nuestras universidades públicas en instituciones que viven en el futuro, y no que siguen ancladas en el pasado.

SEIS

Nuestra universidad cumple 50 años, pero para la edad de las instituciones esa cifra sigue siendo aún muy temprana, seguimos siendo jóvenes. Los años para una universidad se comparan con esas micras de segundos por los que los mortales vertiginosamente deambulamos. El hecho es que la estamos construyendo apenas y a-penas. Cuando se nos pregunta, ¿es la universidad mexicana una institución valiosa e importante? la respuesta obligada es decir que sí lo es. Pero si entendemos que la universidad somos nosotros, cabe preguntarnos si la universidad se encuentra de verdad constituida por un contingente de personas valiosas e importantes, o si aún estamos en el proceso de construirnos como tales. Después de todo, a los universitarios como grupo, como miembros de una clase social ilustrada cuyo único capital es el conocimiento, no nos unen ni razas ni credos, de hecho es poco lo que nos une y es mucho lo que nos separa en la medida en que no contemos con una

memoria compartida. Una memoria que, nutrida por el recuerdo, conforme una visión que constituya un instrumento de identidad para la institución. Una memoria compartida acerca del medio en que la universidad se desarrolla, de su pasado y de sus posibles futuros. Una memoria que fortalezca la cultura institucional, en la medida en que facilite un acuerdo entre los habitantes de la universidad respecto a quiénes son y, por ende, acerca del camino que quieren seguir recorriendo. Y aun cuando la forma en que nos veamos a nosotros mismos responda a estructuras contrastantes, y sus contenidos también difieran, el “recuerdo” de quienes somos servirá de base y contribuirá substancialmente al sistema de ideas o símbolos, que integrados tienen la capacidad de proveer de legitimación y justificación fundamental a la universidad como un orden establecido colectivamente. Si reconocemos que existen amenazas de patologías académicas cuyas dimensiones psíquicas y espirituales rayan en la profunda depresión, frustración y hasta demencia... veremos que recordar es también una manera de mantener la cordura.

El hecho real es que la universidad moderna mexicana no solo la UAM, inclusive la UNAM y las públicas estatales son jóvenes y se han construido con aquellos elementos que se encontraban a la mano. Sin duda, la inercia de civilizaciones ancestrales le dan a la universidad pública mexicana una plataforma de apoyo de dimensiones profundas. Es importante que la memoria reconozca nuestras bases culturales a partir de hechos, logros, trabajo y luchas sostenidas como legados que se han hecho evidentes en conocimiento, arte, ciencia y tecnología. Estos logros se relacionan con todos nosotros... y con la forma en que nos vemos o podríamos ver. Los compañeros con quienes fundamos nuestra universidad fueron personas de diversos orígenes y visiones. La universidad se desarrolló con una enorme carencia de cultura unificadora. En la universidad se reflejaban y se siguen reflejando las enormes desigualdades sociales, los enormes contrastes y desniveles que nos caracterizan, los problemas de género, pero también las fragmentaciones y enconos que no la ayudan y, en cambio, la alejan del debate sano y apasionado que debería moverla, movilizarla o, mejor dicho, conmoverla. Por eso hoy debemos seguir pugnando por la construcción de una red de redes de historias compartidas que surjan del recuerdo. Hoy más que nunca, debemos dejar atrás enconos, tribus, grupos territoriales, rupturas, y avanzar hacia la unidad, hacia la suma de esfuerzos. Es una labor que ya se ha iniciado, existen investigadores serios trabajando sobre los académicos mexicanos, muchos grupos institucionalizados o que por su propia iniciativa reflexionan y estudian a la universidad en sus diferentes aspectos. Pensemos también que lo que nos falta en unidad lo tenemos en variedad, y que, en nuestro país, en pleno camino y lucha por instalar la democracia, la variedad es una riqueza útil y de gran valor para estos propósitos.

Lo anteriormente dicho, pone en perspectiva las nuevas universidades periféricas y los nuevos centros de enseñanza que se están abriendo a lo largo del país. Creemos que surgirán nuevos modelos de universidades realmente independientes y autónomas, conformadas por centros y subcentros de igual importancia. En 2024 inició un nuevo sexenio y es muy probable que se profundice en la variedad y en las distinciones entre regiones e idiosincrasias. El modelo de universidad actual, napoleónico, no prevalecerá, es obsoleto, no por arcaico sino por estar fuera de lugar, sigue siendo básicamente vertical y, por ende, antidemocrático. No hay duda de que surgirán múltiples proyectos alternativos. Las divisiones y las décadas de frustraciones dentro de la universidad han remarcado una característica sobresaliente de nuestra sociedad, el hecho de que aún estamos buscando nuestra naturaleza como individuos, desde nuestra singularidad. Estamos en plena construcción. Nuevos grupos generacionales se integrarán alrededor de temas o redes, logrando establecer como elemento unificador, heredero y continuador del desarrollo del conocimiento tanto en las artes como en las ciencias. Nuestras escuelas y centros asumirán la dispersión a la que nuestra geografía humana obliga. La carrera política y la académica ya no estarán divididas, formarán un mismo camino porque será una misma cosa ser un buen académico político que ser un buen político académico, de acuerdo con individualidades no centradas en sí mismas sino promotoras de la intercomunicación y el diálogo amplio.

¿Cómo construir una memoria en una sociedad donde la clase social cuyo único capital es el saber se encuentra débil, y donde los que dirigen la economía y la política tienen el poder social que los sitúa en la toma de decisiones, afectan negativamente a esa otra clase ilustrada al servicio de ellos?... el hecho de que los académicos, es decir, la clase ilustrada, carezca de verdaderos líderes no se deriva de la falta de pensadores, intelectuales o científicos, sino de que la memoria de sus logros y existencia no se haya constituido en una acumulación de conocimiento que sea fuente de identidad, unidad y de fuerza para los propios académicos. Los académicos, en su dispersión, no han encontrado el espacio de poder que logre contraponerse al peso del poder económico dominante, donde el dinero es considerado el principal recurso y las prebendas y la corrupción junto con la impunidad el principal patrón a combatir.

Hoy vemos con más claridad el panorama político en que vivimos. Las apariencias y las simulaciones han quedado al descubierto. Podemos afirmar que la universidad pública que conocemos ha tenido que crecer y desarrollarse en un contexto que no se caracteriza por el uso de la inteligencia, y menos aún de la responsabilidad o el amor de los que se encontraban en la posición de decidir por su propia nación. La lucha continúa. La universidad se ha ido haciendo al

andar en un camino sinuoso y lleno de barreras. Vamos haciendo nuestro mapa a medida que avanzamos... ya no seguimos las consignas emanadas allá lejos, pero... ¿tenemos conciencia de estarlo haciendo? ¿Estamos aportando con las invenciones culturales que logren darle peso a nuestro poder académico, que es el poder del conocimiento? ¿Cómo puede la memoria hacer su labor cultural si no hay continuidad? ¿Qué forma irá adquiriendo una memoria universitaria? Nuestro destino como universitarios viviendo en el cambio, reside en la acción de recuperar nuestra historia y de reconocer que la fuente de una visión totalizadora, abarcadora, amplia, de nuestra universidad reside en su capacidad de recordar. Un pasado que guarda una profunda realidad cuyo valor puede nutrir lo que el presente se obceca en borrar, confundir u olvidar. Un pasado al que sólo se puede llegar evitando la recreación ceremonial o mítica, y asumiendo que se trata de un viaje de un lugar a otro, que implica tiempo y se organiza a partir de recordar lo que ha ocurrido y continúa ocurriendo día a día. La historia es búsqueda, recuperación, desafío y también terapia inspiradora, una forma de recuperar la identidad hoy rescatada por un gobierno que no es indiferente a los verdaderos valores humanos que se inician con una alta autoestima. El proyecto de conformarnos a nosotros mismos apenas comienza. Nuestro trabajo cultural como clase cuyo único capital es el conocimiento y cuya casa es la universidad, todavía está por hacerse. Recordar, dice Robert Frost, es una empresa heroica y frágil. ¿Quién va a recordar nuestro paso por la universidad? ¿Quién recordará el gran trabajo de la memoria, esa tarea humana fundamental...? Decidir recordar y qué recordar es decidir quiénes somos.

Notas

1. La Dirección General de Administración Escolar (DGAE) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) informó que en el ciclo escolar 2023-2024 más de 129 mil aspirantes fueron rechazados, es decir, que menos del 10% de los estudiantes que se presentaron fueron aceptados.
2. Los Libros Blancos de la Comisión Europea son documentos que contienen propuestas de acciones de la Unión Europea en un campo específico.
3. El Grupo Utópico estuvo formado por los autores académicos Lilian Alvarez, Daniel Cazés, Raquel Glazman, Arturo Guillaumin, Eduardo Ibarra, Javier Ortiz, Rogelio Martínez y Lourdes Pacheco Ladrón de Guevara.

Referencias

- Comunidad Europea (1995). *Libro Blanco sobre la educación y la formación. Enseñar y aprender. Hacia la sociedad cognitiva.*
- Dirección General de Administración Escolar (DGAE) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). *Informe anual 2024.*
- Gonzales Pozo, Alberto. (2010). *Las Chinampas de Xochimilco.* Publicaciones CYAD UAM-X.
- Grupo Utópico formado por: Lilian Alvarez, Daniel Cazés, Raquel Glazman, Arturo Guillaumin, Eduardo Ibarra, Javier Ortiz, Rogelio Martinez y Lourdes Pacheco (2012). *El libro de la universidad imaginada. Hacia una universidad situada entre el buen lugar y ningún lugar.* UAM-Cuajimalpa. Juan Pablos.
- Ibarra, E. (2018). *CICE.* <http://coleccionibarracolado.izt.uam.mx/> UAM Iztapalapa.
- Ibarra, E., Cazés, D. y Porter, L. (2000). *Re-conociendo a la universidad, sus transformaciones y su por-venir* (4 tomos).
- , (2003-2004). Geografía política de las universidades públicas, primeras lecciones sobre su complejidad y diversidad en *Geografía política de las Universidades Públicas Mexicanas: claroscuros de su diversidad.*
- , (2007). *Disputas por la universidad: cuestiones críticas para confrontar su futuro.* Publicado por CEIICH-UNAM.
- , (2010). *Las universidades públicas mexicanas en el año 2030: examinando presentes, imaginando futuros.* CEIICH-UNAM y UAM-Cuajimalpa.
- Martínez, S. (1997). Políticas para la Educación Superior frente a la transición del Siglo xx. *Reencuentro. Análisis de problemas universitarios*, (18).
- Peralta, A. (2024). *Xochimilco de la A a la Z.* INAH, Secretaría de Cultura.
- Porter, L. (2018). *Lecciones a mí mismo.* Publicaciones CYAD-UAM-X.
- , (2003). La universidad de papel. Ensayos sobre la educación superior en México. CEIICH-UNAM, Col. Educación Superior.
- Varela, R. (2006). Quince años haciendo universidad. *Reencuentro. Análisis de problemas universitarios*, 1(1), 7-10. <https://reencuentro.xoc.uam.mx/index.php/reencuentro/article/view/5>